

Manuel Julián

EL PILOTO DEL
MESSERSCHMITT



Cuando éramos niños dábamos largos paseos, en la mayoría de los casos íbamos caminando y otros más afortunados en bicicleta. Las calles de El Prat no estaban tan pobladas como hoy y enseguida, el pueblo se nos hacía pequeño, por lo que nos aventuramos por caminos rurales y campos. Uno de nuestros trayectos preferidos era la Carretera de la Aviación, que bordeaba los límites del aeropuerto y que finalmente nos conducía hasta la misteriosa playa del faro.

Recuerdo una tarde en la que las ranas croaban en el canal y los estorninos se movían como una única nube de humo, que a mitad de camino y en medio de un huerto de maizales y alcachofas descubrimos un pilón de cemento con una cruz que señalaba una tumba. Todos nos preguntamos quién podría estar enterrado en aquel campo tan alejado del cementerio.

Índice

| Capítulo | Título | Página |
|---------------|--------------------------|--------|
| Capítulo I | Humedales del Remolar | 11 |
| Capítulo II | Escuela de pilotos | 19 |
| Capítulo III | Día de pesca | 24 |
| Capítulo IV | Visita al aeródromo | 28 |
| Capítulo V | Rescate en los humedales | 38 |
| Capítulo VI | Lección de paciencia | 47 |
| Capítulo VII | Invierno en El Prat | 53 |
| Capítulo VIII | Calma en la tristeza | 61 |
| Capítulo IX | El campo del aviador | 67 |
| Capítulo X | Alas de barro | 75 |

Prologo

"Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello, que me deslumbraba. Aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no hay que afligirse. Porque la belleza siempre perdura en el recuerdo"

William Wordsworth Inglaterra, 1770 - 1850

"Esplendor en la hierba" **Elia Kazan** Estados Unidos, 1961

Ignasi Busquets había querido ser escritor, aunque casi siempre uno es lo que le depara la vida y una buena parte de lo que te permite tu infancia.

Ignacio; que era como siempre le habían llamado desde niño, había querido ser escritor, aunque para él un escritor sería alguien que ha publicado lo que escribe y él no lo había hecho, por lo menos, no todavía. Sus amigos no le preguntaron por qué, si no, para qué quería ser escritor y si con ello se referían a una gran fuente de ingresos, estaban equivocados.

Desde Esdras el escriba, e incluso desde mucho antes hasta nuestros días, la escritura lo había sido todo. Aunque se dijo que las

pedras clamarían, sin escritura no quedaría casi nada de la escasa historia que hoy conocemos. Qué poco sabemos sobre la verdadera vida de nuestros antepasados, sobre sus anhelos, miedos y alegrías; pero nadie mencionó lo del dinero y para Ignacio, escribir era lo más parecido a pasar hambre. Luego, tenía otro sentido menos peyorativo, quizá uno más metafísico o espiritual, en su caso, escribir era, además de la lectura y los museos, la única manera de conocer e incluso revivir la historia; crear personajes, compartir sus vidas, reflexionar sobre uno mismo y lo que estaba aprendiendo..., pero no era rentable. Afortunadamente aún conservaba su trabajo en Barcelona.

Ignacio trabajaba en el cine, pero no como alguien pudiera imaginarse. Comenzó vendiendo entradas o palomitas, apenas era un chaval. No terminó los estudios superiores porque amaba a Marta y lo suspendía todo, tenía prisa por encontrar trabajo, por dar alguna cohesión a lo que sentía por ella y lo que podía ofrecerle. Pero no llegó a tiempo, porque Marta ya había mirado para otro lado, el muchacho en que se había fijado era más joven, alto y más estable que él, un amigo de Ignacio, o alguien que lo parecía. Ignacio sintió eso que llaman la angustia de la soledad y se refugió en las viejas películas, los libros y la comida basura hasta que su hermano le regaló su máquina de escribir. Luego el señor Miralles le ofreció la delicada tarea de tercer acomodador en el anfiteatro y finalmente, cuando se jubiló Manuel, Ignacio le sustituyó en la cabina de proyección donde ha estado al cuidado del antiguo proyector cinematográfico hasta el día de hoy.

La industria del cine estaba pasando por su peor momento, en solo seis años se habían cerrado más de seiscientas salas por todo el país, tres de ellas en su propio pueblo: el cine Monmari, el Moderno y el Artesano.

La oferta lúdica, las copias ilegales, la comodidad del visionado en casa a través de aparatos cada vez más sofisticados así como el aumento paulatino de los precios de taquilla, abocaban las salas de cine de toda la vida a una extinción agonizante. Un final suavizado en algunas ocasiones por la reforma del edificio con fines comerciales o culturales.

Ignacio solo sabía poner películas de treinta y cinco milímetros en una desgastada máquina modelo Victoria 5 de hierro fundido y fabricada en Italia por Cinemeccanica. Toda una proeza para estos tiempos de tecnología digital. Muchas veces había pensado en qué haría si se quedaba sin trabajo. Se sentía algo mediocre, su sueldo lo era, y con poco futuro a pesar de que podía recordar de memoria muchos diálogos y frases de Humphrey Bogart, Paul Newman o Groucho Marx.

En el mundo real, la gente tenía poco sentido del humor. A veces se imaginaba a sí mismo en una entrevista de trabajo respondiendo a la pregunta. ...y usted, ¿qué sabe hacer?

—Yo sé repetir casi todo el diálogo de "Al este del Edén", "Esplendor en la hierba" o de "Sopa de Ganso"- Su respuesta no encajaría en ese estúpido concepto al que llaman el perfil. Algo parecido al mundo feliz de Aldous Huxley en el que las personas del

mismo perfil eran felices haciendo exclusivamente lo único que sabían hacer sin plantearse otras posibilidades.

Los diálogos de cine habían despertado en Ignacio su pasión por la literatura, por los libros raros y biografías y por supuesto por los clásicos de cine. Con todo lo que encontraba en viejas y polvorientas librerías o mercadillos de segunda mano podría componer el storyboard de un nuevo relato.

El primer libro le había ocupado más de diez años, diez años de su vida, y aún lo estaba corrigiendo, en cambio ahora iba mucho más deprisa, las nuevas tecnologías lo hacían posible, atrás había quedado su vetusta Olivetti, que siempre se atascaba en la efe, los correctores con pincel y las hojas de calcar. De todas formas, una página en blanco es siempre una página en blanco, no importa que sea de papel o sobre una pantalla, siempre suele aparecer la misma línea parpadeante que espera impertérrita a concluir su letargo. A menudo, la espera estaba acompañada por miles de preguntas detenidas sobre la punta de un cursor o de un bolígrafo, un acopio de millones de electroestímulos que recorrían la autopista de lo imaginado y lo real al mismo tiempo.

Dormía poco y ahora tenía el sueño de incontables noches de camino a la estación, rutinas y trenes. Todo era normal menos su vida. No se podía decir que no lo había intentado, pero no pudo evitar sentirse atrapado en ella, como si hubiera caído en una trampa oculta.

La telaraña estaba allí, en el devenir de los días, una asfixiante morfología de suspiros o decepciones en los que el cebo habría llegado a ser él mismo. Si en ese momento cerraba los ojos, si se concentraba en el pasado, podría oler, oír y hasta ver a sus compañeros de clase jugando en el patio del colegio, tendría entonces unos doce años, después se miraría en el espejo y sin llegar a reconocerse en su foráneo e invasivo aspecto, se preguntaba cada mañana, a dónde habían ido a parar los últimos cuarenta años, ¿qué o quién se los había arrebatado? Todo ese tiempo se había desvanecido para siempre.

Aún conservaba la colección de fósiles y minerales de su hermano Emilio, él siempre había tenido las cosas claras y en su caso él sí que había completado sus estudios en la facultad de Geología de Barcelona, fue una época muy agradable en la que cada piedra o fragmento encontrado entrañaba algún significado. Emili Busquets realizaba complejos estudios geofísicos por encargo para ayuntamientos, constructores y arquitectos, arqueólogos o paleontólogos y propietarios particulares, muchos de los cuales necesitaban saber lo que había debajo del suelo sin llegar a horadar toda una zona con los costes y daños medioambiental que supondría dejar una vasta extensión de terreno como un gruyere.

De niños, en El Prat de Llobregat, con un sencillo rastreador de metales, dedicaban mucho tiempo a su actividad favorita como cazatesoros aunque lo único de verdadero valor que encontraron entonces fue el tesoro de compartir una intensa infancia de increíbles aventuras.

El Prat de Llobregat era un lugar para muchos con pocos atractivos, pero para Ignacio, renunciar a su recuerdo del lugar sería casi como renunciar a la mitad de su vida. No hay lugares buenos ni malos, solo hay recuerdos y todos se parecen, en cambio, algunos de ellos, a veces son buenos, algo que siempre queda como un fragmento residual en el colador de nuestra frágil memoria.

“Los días nos erosionan redondeando las aristas de la
incertidumbre”.

Pensó en esta frase repleta de metáforas y luego la anotó en una libreta, sus bolsillos estaban siempre llenos de lápices y papeles doblados con anotaciones. Cada porción de la frase le sugería nuevas formas e imaginó al viento, como las experiencias de la vida, puliendo nuestro carácter, suavizando de esperanzas todos nuestros temores. La canción de Bob Dylan le susurraba algo al oído sobre dónde buscar las respuestas “la respuesta está en el viento”, y pensó que el riesgo de vivir parecía menos temerario en la letra de una antigua canción o en las páginas de un libro. Es posible que esa fuese la razón, aunque la gente ya no leía tanto como antes. Escribir, escribir, escribir; en un papel abandonado, en el dorso de un prospecto o el margen de un periódico, esperando, caminando, descansando, todos aquellos recortes o fragmentos eran retazos de una misma historia sin orden ni sentido, reunidos o amontonados sobre la mesa, aguardando, conociéndose, lamentándose.

Él seguía escribiendo, digamos que lo hacía, aunque pudiera sonar algo egoísta, por sí mismo y por todo lo que sintió una vez por una chica llamada Marta, de cuya influencia no se curaría nunca. Cuando escribía, se alejaba de la rutina y de lo cotidiano para sumergirse en un submundo que transcurría paralelo al suyo pero mucho más maleable y alternativo. Por ello, esa misma tarde mientras miraba por la ventanilla de un tren con destino a Barcelona abrió la pantalla de su notebook, cerró los ojos y colocó sus dedos sobre las primeras líneas:

Capítulo I

Humedales del Remolar

Desde muy temprano, los campos habían estado cubiertos por una niebla blanquecina, el suelo escarchado crujía y se agrietaba iluminado por los primeros rayos de un sol que tímido y perezoso anhelaba el aliento de los humedales. El agua del Remolar, agitada por los ánades, describía amplios círculos entre la bruma. Un poco más adelante, bajo los cañizos y cortaderas, se hallaba el cenagoso cobijo de las ranas.

A lo lejos un perro ladraba porque había oído el carro del portugués en dirección a La Volatería. Las ruedas se hundían sobre el fango en el paso de la albufera y el portugués azuzaba al animal para que redoblara su esfuerzo de arrastre. El animal resopló avivando la suspicacia del podenco, los perros no cesaba de ladrar en la lejanía. Una asustadiza bandada de Francolins remontó el vuelo hasta la pineda y sin otro sonido ni otra luz, el carro se detuvo a las puertas de la masía.

El sudor de la mula despedía un vaho antiguo de establo, de paja empapada en orines y cuero, unos minutos después el portugués proseguiría con su acostumbrada rutina; algo sencillo, recoger los

pollos y los huevos que horas después vendería en el mercado de La Plaça de la Vila. Mantenía los mismos precios y pronto se deshacía de ellos: los pollos a 35 pesetas el kilo y los huevos a 16 pesetas la docena. Tardaría una media hora, ya no era un chaval, en atrapar a todas las aves y encerrarlas en las jaulas, pero antes disfrutaría de la hospitalidad de Lucia y sus nutritivos desayunos. Ella había nacido aquí, pero sus padres eran inmigrantes italianos. Antes de casarse había trabajado como secretaria y ahora impartía clases a los niños porque no podía recorrer diariamente la distancia que les separaba del colegio.

El portugués tenía una ligera cojera en la pierna derecha, nunca explicó como se lo había hecho, ni gustaba de responder a preguntas sobre su pasado, pero la humedad de El Prat le corroía los huesos hasta anular su voluntad y siempre que le era posible evitaba caminar.

Al cruzar el portón le esperaba Joan, un inagotable niño de doce años, el hijo menor de la dueña. Era un joven inquieto y ávido de aventuras que pudieran de algún modo quebrar el tedio de la vida en el campo; desde la muerte de su padre, el portugués era para el niño lo más parecido a su concepto de una figura paternal.

Sobre un fondo de paredes ocre, el herrumbroso reloj de sol proyectaba sus primeras sombras sobre el seis de la numeración romana, una línea oscura de tiempo, testigo preciso y fiel del transcurrir de los días. Era la misma sombra que se hallaba inscrita en el cerebro de todos los animales de la granja como una huella

genética de un mundo anterior. El gallo entonaba otra vez su instintivo canto matinal cuando el portugués y el muchacho, entraron charlando animadamente en una amplia y humeante cocina. Lucia se había recogido el pelo y mirado al espejo justo antes de que llegaran. Con su delantal limpio y sus mejillas sonrosadas daba la impresión de que era una mujer dócil y vencida por la timidez, pero lo cierto es que la casa y el negocio seguían en pie, Lucia tuvo que tratar con una multitud de avaros oportunistas y criar a sus tres hijos, a solas. Su esposo bebía, le era infiel y además la maltrataba física y emocionalmente, nunca le denunció, si lo hacía, los niños sufrirían las consecuencias –era capaz de hacerlo, ella sabía que era capaz. Pero una mañana de un lunes de octubre, llamaron a su puerta para que acompañara a dos policías hasta el depósito y reconocer el cadáver de su marido. Se había caído borracho, por las escaleras de un burdel, un accidente absurdo y fortuito que acabó con su miserable existencia, pero que ahora, despejaba infinitas posibilidades en la insignificante existencia de Lucia. Todo ello le había forjado un temperamento resuelto e irreductible, una anticipada determinación le mantenía viva a ella y sus esperanzas, el convencimiento meditado y profundo de no rendirse jamás. Pero a pesar de ello, se sentía cansada, esperar y hacerlo durante tanto tiempo le tenía igual de agotaba que si hubiera atravesado descalza el más inhóspito y profundo de los desiertos. Los días nos erosionan redondeando las aristas de la incertidumbre.

—No sé, Joan, no sé cuándo podré comprarme la camioneta.

—Bueno, pero cuando lo hagas quiero ser el primer pasajero que lleves. ¿Me lo prometes? El perro del niño meneaba la cola y parecía que hasta él esperaba la respuesta.

—Cuenta con ello, muchacho, —respondió acuciado por su persistencia y luego añadió: —pasearemos por El Prat y luego daremos una vuelta por los alrededores de Viladecans y los sábados, si haces bien tus tareas, podrás acompañarme al mercado de Valls. Siempre, y claro, que tu madre no tenga ningún inconveniente...

Joan le escuchaba embobado, con la infantil ilusión de un joven de su edad y en su caso, uno de fértil imaginación y luego miró a su madre. A ella le molestaba que el portugués creara falsas expectativas en el niño, porque siempre era ella la que después tenía que mediar entre el mundo real y sus decepciones.

Ignacio levantó la vista del teclado al tiempo en que la megafonía del tren anunciaba la estación de Paseo de Gracia. Hacía más de veinte años que vivía lejos de El Prat, a unos treinta kilómetros. A penas lo visitaba. Antes de que hicieran el paso subterráneo, aún se podía ver la fábrica textil donde trabajó los veranos, o por lo menos lo que quedaba de ella, y el colegio de su infancia, pero ahora las vías se prologaban por el subsuelo hasta emerger sobre el puente del río Llobregat, el río lóbrego.

Una confusa lista de nombres y lugares se entretrejían conformando una complicada maraña: El remolar, Comabella, Hereter..., después de intercambiar varios correos con el Archivo Histórico de El Prat, consultar los libros del Dr. Jaume Codina y navegar durante horas

entre las confusas y en repetidas ocasiones contradictorias páginas de internet, Ignacio sentía que se distanciaba cada vez más de la historia. ¿Qué era o fue realmente La Volatería?. ¿Se trataba de un coto privado de caza, un aeródromo, un criadero de aves, una marisma repleta de patos?

Si quería escribir sobre lo sucedido un día de diciembre de 1940, debía conocer mejor la zona y la época en que se produjeron los hechos, aunque esto en sí mismo no sería una tarea fácil. Después de tanto tiempo, cambios topográficos, absurdas decisiones políticas y testigos oculares que ya habían fallecido; la dificultad por recuperar los vestigios de aquella historia podría arrastrarle hasta el desánimo y desistir.

En un portafolio llevaba la reproducción de un dibujo fechado en 1970, al desplegar el mapa, lo primero que se podía observar era una franja verde que se extendía hasta el suroeste desde lo que llamaban Las Filipinas, hasta la carretera de La Volatería.

Con todos los datos que pudo recopilar visitó varias bibliotecas, el nombre de El Remolar se citaba algunas veces asociado a una carpintería donde se fabricaban remos para pequeñas embarcaciones, pero después cayó en sus manos la segunda obra del historiador Jaume Codina i Vila: "La gent del fang", un registro histórico que se remontaba hasta el año 965.

Desde principios del siglo XIV, la zona de los humedales había gozado de cierto prestigio como reserva de caza y acuífero natural.

El libro del Dr. Codina describía en sus páginas cómo eran los humedales; una inmensa reserva acuática en un estado puro, casi primigenio. En derredor un escaso grupo de masías de estilo colonial, el inventario de las granjas incluía la de El Remolar.

En los años treinta, algunos jóvenes emigraron a Cuba para hacer fortuna, no todos lo consiguieron, un puñado de ellos no volvió y otros se arruinaron, aunque también hubo excepciones, como Jaume Casanovas, hijo de una modesta familia jornalera. Con apenas cuarenta años de edad ya había amasado una pequeña fortuna que invirtió en la construcción de algunas casas coloniales y luego compró los insalubres terrenos del Remolar para transformarlos en campos de cultivo. En sus nuevas propiedades edificó la colonia Casanovas como una granja experimental o modélica y en la que por primera vez brotaría el agua artesiana.

El Prat de aquel entonces se comunicaba por antiguos caminos rurales como el de la Ribera o el de la Albufera. Uno de aquellos primitivos pasos medievales era la carretera Bovatera, que conducía, después de varios días de trayecto, hasta Valencia.

El delta marcaría desde el principio toda la evolución histórica del Prat, en muchas ocasiones, la propia crecida del río anegaba los campos e inundaba calles y casas. Una de las inundaciones más presentes en la memoria de la gente fue la de san Antonio en 1898, la riada, que supuso una tragedia ecológica, arrasaría campos y terminaría con la vida de muchos animales de granja provocando notables pérdidas.

Geológicamente, el punto más alto sobre el nivel del mar era la Plaza de la Vila, aunque a simple vista, todo el Prat -todo el prado- se perfilaba como una misma extensión plana y sin relieves. Durante el siglo XIX más de una cuarta parte de la tierra estaba permanentemente inundada. En este lugar los sedimentos producían un fango –un barro casi líquido- que tardaba mucho tiempo en secarse. Las zonas pantanosas habían albergado después de largos siglos una profusa vida acuática y en sus riberas, cada año anidaban abundantes especies de aves migratorias, acudían cada año guiadas por un instintivo ritual de apareamiento que las mantenía con vida en climas más suaves.

El gran estanque de El Remolar tenía una forma que recordaba la hoja de un eucalipto y era frecuentado por los pescadores cuando el temporal no les permitía faenar sobre un mar embravecido.

En la descripción de los aparejos de caza y pesca se incluía una herramienta llamada Fitora¹, algo así como una jabalina o puntiagudo tridente con la que arponeaban a los peces.

La profundidad de las marismas era escasa y compuesta por lechos arenosos que dificultaban su tránsito, las barcas que se construían debían ser de poco calado y a su vez del tamaño que pudiera transportar animales, mercancías y personas. En muchos casos, para desplazarse entre los humedales se valían de una larga pértiga y con ella saltaban a las diferentes orillas.

En la mente de Ignacio se había encendido una tenue luz, una especie de ruta o conexión de ideas dispuestas en orden lógico: Llar (hogar) Rémol Llar (el hogar del Rèmol), El Remolar.

Mucho antes de que diversas asociaciones ecológicas de nuestro tiempo intentaran protegerlo ante el voraz avance del aeropuerto, los humedales habían pasado por críticos episodios que amenazaron su completa extinción.

Un recorte de prensa de diciembre de 1889 y digitalizado para la hemeroteca de La Vanguardia citaba el contenido de una conferencia ofrecida por el Sr. Felipe de Hita, vicepresidente de La Lliga de Catalunya. El candente tema y motivo de afluencia de una considerable multitud de ciudadanos era el "Saneamiento del bajo Llobregat". Durante ese año, las bajas entre la población civil a causa del paludismo y el cólera eran cada vez más numerosas y alarmantes. Los contagios avanzaban a una vertiginosa velocidad y todo el mundo estaba en riesgo de infección. Algunos no querían ni siquiera pasar cerca del pueblo y esto afectaba las relaciones comerciales y sociales.

Había que tomar complicadas decisiones políticas o sanitarias y había que hacerlo enseguida para evitar la proliferación de los mosquitos, cuestión de días los humedales se convertirían en la principal amenaza. La propuesta de La Lliga consistía en la desecación de los lagos cubriéndolos de tierra y desviando sus cauces. La superficie del pantano del remolar era por entonces de más de un kilómetro de largo por cien de ancho.

Capítulo II

Escuela de pilotos

La Volatería, primavera de 1940.

Lucia le había servido al portugués una exquisita tortilla de espárragos trigueros, con tostadas de escalibada, vino y café. Se detuvo observándole mientras comía, parecía que aún conservaba ciertos modales:

—Hace mucho tiempo que nadie trabaja estas tierras baldías, se están llenando de hierbajos y ranas, así es que voy a venderlas—.

—¿Vas a vender las tierras?, y ¿la granja también?

—No te preocupes, los pollos y las gallinas se quedarán aquí y también conservaré el huerto y los árboles frutales. Pero no puedo rechazar la última oferta que he recibido—. —¿Quién quiere comprarlas?, ya vendiste la mayor parte de las tierras a los pilotos—

—El portugués, se sentía ofuscado y su voz no sonaba a los fados de sus canciones. —No estoy segura de quienes son, pero sí sé que

también son aviadores— —¿Aviadores?, y ¿qué pretenden hacer en estas tierras—

Hacía ya algunos años que la escuela de pilotos Pujol & Comabella se había establecido en La Volatería, al principio solo se trataba de una grasienta lona sujeta a unos árboles donde se guarecían algunos destartalados aviones y cuatro latas de aceite y pertrechos. Tiempo después construyeron una pequeña edificación para descansar y dormir y que los mecánicos no tuvieran que desplazarse cada noche los quince kilómetros que distaban de Barcelona. Lucia había colaborado desde el principio con ellos preparando algunas comidas, lavando sus ropas o adecentando las instalaciones.

Ella no tenía la obligación de dar explicaciones sobre lo que haría con sus pertenencias, pero el portugués era casi de la familia: — Necesitan un lugar para probar nuevos aviones, esta extensión de terreno les convenció—

-Como sigan haciendo tanto ruido, las gallinas dejarán de poner huevos. ¿Sabes lo que significaría eso?

Serían casi las nueve cuando el portugués descargaba las jaulas en las puertas de la plaza. El mercado, inaugurado en 1921 ofrecía una gran variedad de productos. El primer olor al entrar era el de azafrán, olivas aliñadas y bacalao, el portugués llevaba mucho tiempo en esto y ya estaba acostumbrado a trabajar entre el alboroto de las aves y el tumulto de las paradas de fruta y pescado, la iglesia no tardaría en repicar las campanadas de las nueve con un

sonido que recordaba el Big-ben de Londres. El hierro fundido de las campanas palpitaba al tiempo en que los niños entraban en el colegio, precisamente mientras el mossèn agitaba el azúcar de su café asomado a la ventana de la parroquia. Un café con magdalenas y un poco de chocolate de Suiza obsequio de un feligrés que intentaba calmar su conciencia con dinero y regalos. Pero, la conciencia siempre tiene hambre y la madre iglesia muchos gastos así es que el donante de chocolate se hizo también asiduo de la bodega de la calle mayor, un lugar en el que ahogar sus penas en Merlot añejo y confesiones entre vasos de cristal sobre barras grasientas de madera antigua. Cosas que jamás le contaría a nadie excepto a Nicolás, el tabernero. Nicolás nunca daba consejos, no hacía preguntas, ni recetaba avemarías solo sabía escuchar y para algunos, eso era suficiente. Hoy brillaría el sol en El Prat de Llobregat aunque los pensamientos del portugués se parecían más bien a un día nublado, ¿cómo afectaría a su negocio de la volatería la venta del resto de las tierras?

Dos semanas después Lucia recibía la visita de Germán, el notario, los documentos de la venta ya estaban dispuestos, después llegaron los nuevos aviadores y cerraron el trato. A finales de marzo aterrizaba el primer avión con alas de metal. Uno de ellos era alemán, el nombre era casi impronunciable, pero se trataba de uno de los reyes del cielo y solo había diez de ellos. Todo se sucedía ante los atónitos ojos de Joan, luego, un camión con hombres y herramientas. Los martillazos los ruidos de la sierra y las voces de

los hombres eran sonidos nuevos que el viento arrastraba hasta la granja como un eco envuelto de misterio.

Ignacio volvió a sumergirse en la maraña de la información digital, una travesía informática en la que podías navegar sin necesidad de tener conocimientos náuticos. Serían las diez de la noche y ya había cenado y consultado veintenas de páginas con Imágenes, relatos, fechas, y efectuado un sinnúmero de anotaciones; pronto el reloj de su escritorio alcanzaba la una de la madrugada, pero antes de ir a dormir escribió un mensaje de correo para el nieto de Josep Monés Amat, constructor de la época de los Indianos y sobrino del piloto Josep Canudas. La dirección se encontraba en su página de fotografías y recuerdos familiares, durante un breve instante dudó entre apretar la tecla suprimir o intro, finalmente lo envió, de inmediato pensó en que probablemente ni siquiera lo leería. Seguramente le pasaría igual que aquella mañana en el tren.

Había un hombre sentado en el lado del pasillo absorto en la lectura de un grueso paquete de folios. Estaban escritos por una sola cara a doble espacio y llevaba además una bolsa de plástico rígido con el nombre de una conocida editorial, su aspecto y comportamiento, todo parecía muy sugerente. Ignasi se armó de valor y se le acercó procurando no sobresaltarle. Le preguntó si era corrector de estilo y el hombre aunque visiblemente incómodo asintió. Luego le preguntó si quería leer un relato breve, solo catorce páginas. Le interesaría mucho conocer su opinión, no hacía falta que fuese en aquel preciso momento, le escribió su nombre, su teléfono y dirección de correo electrónico en el margen de una hoja y se despidieron.

Tres meses después de no haber obtenido respuesta, Ignacio se sentía como un perfecto idiota. Con esa imagen de ingenuo reflejada en el espejo del lavabo y adherida a él como si no fuese suya se fue a dormir.

A las once y veinte del día siguiente recibió una llamada de un número desconocido, estuvo tentado a rechazarla para no tener que soportar las persistentes ofertas de las teleoperadoras, pero respondió. Se trataba de Alex, el nieto de Josep Monés Amat. Fue toda una sorpresa; su abuelo había sido el constructor de la Torre Rosendo, una masía que durante mucho tiempo pertenecía a un grupo de granjas diseminadas por una extensa zona de El Prat agrícola hasta la llegada de la industria y las primeras fábricas. El arquitecto que supervisaba las obras era el modernista Puig i Cadafalch. Torre Rosendo fue después una biblioteca y tiempo después se convirtió en la escuela de La Seda, el colegio del que él mismo había sido alumno hasta 1978. Todo esto le parecía fascinante y emotivo, pero lo que realmente necesitaba saber era dónde se había encontrado la masía La Volatería de la que las páginas web de AENA hablaban en su apartado de historia del aeropuerto. Alex no lo sabía, pero en cambio le habló de su tío bisabuelo Josep Canudas i Busquets, el piloto impulsor de la aviación en Cataluña. En cierto modo Alex era en estos momentos el único albacea de los recuerdos familiares, entre ellos una considerable cantidad de fotografías de la época, algunas de las cuales ya habían sido publicadas o cedido para obras de consulta digitales y en papel.

Capítulo III

Día de pesca

La hierba se había empapado de millones de diminutas gotas que ahora azotaban las piernas desnudas de Joan. Caminar entre la vegetación con pantalones cortos tenía sus inconvenientes y su madre siempre le insistía en que después de sus excursiones y antes de entrar en casa debía limpiarse las rodillas con una esponja humedecida en jabón. A Joan le disgustaban las obligaciones sobre el aseo y constantemente intentaba escabullirse de ellas.

Esa mañana de sábado, no había terminado de cepillar a los animales cuando le dijo a su madre que se iba a pescar, no dio tiempo a que Lucia pudiera responder y tuvo que conformarse con ver desde la ventana como el niño se alejaba rápidamente con Pluc, su inseparable perro y compinche de travesuras.

El agua del remolar estaba quieta y apacible, Joan conocía el mejor lugar para esperar y se aproximó a él sigilosamente. Después de quitarse las botas y los calcetines y hundir los pies en el fango, miró

a Pluc con el gesto de: siéntate en la orilla y ni respires, y el perro obedeció expectante. Seguramente había cientos de Rèmols (Rodaballos) descansando sobre el fondo arenoso del estanque, pero no sería fácil verlos. El pez, integrado en un perfecto mimetismo con su entorno, ofrecía el lomo grisáceo y plano de color arena como una aprendida estrategia de camuflaje mientras que su panza amarillenta y pálida quedaba oculta a la vista de sus captores. Pero incluso los peces respiran, Joan vio las pequeñas burbujas en el agua y agarró con fuerza la Fitora, de la misma manera que una vez le enseñara su abuelo.

Avanzó notando cómo el lodo resbaladizo tintaba el agua cristalina con una densa nieve marronosa en suspensión. El pez, que se sentía descubierto, había contenido la respiración y Joan había hecho lo mismo. Uno de los dos debía ser más rápido que el otro, Joan alzó despacio su arpón y en ese preciso instante, el rugido de un pequeño Vendôme, rompía la quietud de los humedales creando con sus hélices un inesperado torbellino de aire y briznas de hierba. Pluc comenzó a ladrar, al tiempo que un enjambre de aves asustadizas se alzaban en torpe confusión y el Rèmol, que había aprovechado la distracción, conseguía huir como un pañuelo de seda aventado por el aire.

Ignacio apagó el televisor y se fue a dormir abrazando uno de los libros que había tomado prestados en la biblioteca.

Después de la 1ª gran guerra, hacia el 1916, Pujol Comabella adquiría las planicies próximas a los humedales. Al principio no era

nada más que un trozo de terreno yermo, pero con el tiempo, solo cinco años después, se convertiría en la escuela de pilotos Pujol, Comabella y Cia.

Los mecánicos; impulsores de una incipiente industria aeronáutica, eran de los talleres Hereter.

Se construyeron allí mismo los talleres y hangares que albergarían la nueva Escola Catalana d'Aviació.

Dos años después, en diciembre de 1918, Talleres Hereter firmaba un acuerdo con Monsieur Pierre George Latécoère, que a su vez era el propietario de la principal compañía aérea comercial de Francia. No pasó mucho tiempo hasta que La Volatería se transformara en un aeródromo.

Levantó la vista mirando la pared dubitativo y pensó en el verdadero interés que todos aquellos datos podían tener para su relato, mientras mordisqueaba un lápiz recordó lo del libro abandonado.

Fue un día de primavera, después de Sant Jordi. Ignacio había encontrado un libro extraviado en la calle, sobre un banco, junto a una rosa marchita. El libro había sido premio de novela Fernando Lara catorce años antes, sin embargo en la página 156 su antiguo propietario había escrito con trazo oblicuo sobre el texto:

— “¡Qué desastre, que pena haber gastado 18€!”.

A pesar de ello, el dueño de la frase había completado toda su lectura, puesto que más delante había otras anotaciones imprecisas en los márgenes de sus páginas. Una de ellas emborronaba el texto

original, esta vez arremetiendo contra uno de sus personajes llamada Teresa, a quien consideraba vacío.

Buscó de nuevo ese libro náufrago y decepcionante entre otros que engrosaban las estanterías o aparecían esparcidos sobre su escritorio o debajo de una lámpara, en el suelo, junto a una silla y lo encontró con los mismos trazos a lápiz sobre las hojas impresas. Frases que no pertenecían al autor, pero que habían quedado para siempre como un vertido de petróleo sobre la orilla de sus páginas. Fundidos en dos mundos el escritor y el lector unidos por el hilo umbilical de una historia huérfana de abrazos y querencias. Ignacio tuvo miedo de acabar así, inspirando la pena y el desastre, vaciando su libro de sentidos y coherencias, vacío de emociones, de la textura fiel que envuelven los dedos que pasan sus hojas y la adicción a concluirlo y a saber lo que ocurriría en su final. Con esa misma y envenenada sensación sus ojos se cerraban al tiempo en que la aguja marcaba las dos de la madrugada.

Capítulo IV

Visita al aeródromo

El número de alumnos aumentaba al punto de que incluso algunas mujeres también realizarían sus primeros “bautismos del aire”. Joan tuvo una mañana la oportunidad de conocer a la aviadora Pepa Colomer. Le habría gustado que su madre fuera como ella. La llegada de los pilotos produjo un cambio en Joan, ahora miraba la vida desde otra perspectiva, quizá todo lo que el futuro pudiera depararle no sería limpiar gallineros, quizá no tendría que conformarse con tan poco.

—Hola, hijo, ¿te gustan los aviones?

Joan había pasado toda la mañana del sábado intentando pescar algo, pero no había conseguido ensartar ni una sola pieza con su Fitora, parecía que los peces se alertaban unos a otros en cuanto le veían.

Mientras acariciaba el fuselaje de un Messerschmitt BF-109:

—¿Corre mucho?—

—No, hijo, no corre mucho, pero sí que vuela..., vuela mucho. Es el bolido del aire—

—Tiene que ser impresionante estar ahí arriba con “esto”—

—Desde luego que lo es..., ¿Cómo te llamas?

—¿Yo?..., me llamo Joan, ¿y usted?

—Me llamo Eduardo.

—Pero usted no es de por aquí.

—Eres muy observador, tienes razón, no soy de aquí, he venido de Madrid, pero soy de Bilbao—

—Pues tendrá que cambiarse el nombre..., aquí se llamará Eduard. El piloto encontraba cada vez más divertida la conversación con el muchacho, era refrescante después de tantas horas de vuelo. Joan prosiguió con su insaciable curiosidad.

—¿Es usted un comandante? —“Eduard” dejó escapar una sonora carcajada. —No..., no, solo soy teniente. Y, ¿qué haces por aquí tú solo?

—No estoy solo, estoy con Pluc.

—¿Quién es Pluc? —De pronto, el perro, al oír su nombre acudió agitando la cola. Lo había olisqueado todo y definitivamente no tenía mucho interés para él, en casa era diferente, al menor descuido, siempre conseguía zamparse algo de la cocina.

—¿Cómo se te ha ocurrido ponerle un nombre así?

—Cuando nació, este fue el primer ruido que hizo. Le rompió a mi madre un plato de barro.

El teniente se inclinó para acariciar a Pluc, estaba casi de rodillas y el perro le dio un amistoso lametazo.

—Pluc, ¡ven aquí!, no molestes. —No te preocupes, es muy simpático. ¿Por qué llevas ese palo?

—Esto no es un palo, es un arpón, se llama Fitora. Aquí pescamos así—

—Si te gusta pescar, yo iré mañana domingo. ¿Querrás acompañarme? —Me encantaría, pero por la mañana tengo que ir con mi madre a misa, después tengo un rato libre.

—Pues si te parece bien quedamos aquí mismo a las once—

Las noticias sobre la II Guerra mundial, los bombardeos y el avance de la batalla, solo aumentaba la inseguridad de la gente común, personas sencillas, hombres y mujeres del campo. Decían que era la guerra que acabaría con todas las guerras, pero no fue así, no lo ha sido nunca.

La vida, la gente, la manera de pensar en el futuro, nada volvería a ser lo mismo después de aquello. Pero no siendo suficiente con este lamentable episodio de la historia, nosotros tuvimos la versión personalizada de la guerra, una que sería civil, la guerra en casa. Se inició en 1936 y concluyó en 1939; sus efectos, perduran todavía hoy en el corazón de muchas personas, especialmente si pensamos en aquellos que aún no han recuperado los restos de sus familiares fallecidos o que siendo muy niños tuvieron que correr por miedo a las bombas, el terror de lo incierto, el hambre, las miserias. La II Guerra Mundial no concluiría hasta septiembre de 1945.

Ser piloto en tiempo de guerra obligaba a prestar servicio en uno u otro lado de la contienda, el teniente Eduardo Laucirica fue destinado a El Prat con su escuadrilla de Messerschmitt M109D. Las guerras ponen a prueba la integridad de las creencias y de las convicciones, nos debilitan o nos fortalecen pero también lo interrumpen todo. Laucirica estudiaba medicina y quería terminar la carrera. Cuando finalizara todo, proseguiría con su vida, sus proyectos y anhelos abandonados; pero ahora durante la primavera de 1940 todavía tenía que permanecer aquí, en el Aeródromo de El Prat.

En 1936 ya existían tres lugares donde aterrizar: La Volatería, el Campo francés y el aeródromo Canudas. En muchos casos, los campos resultaban insuficientes para las maniobras de aproximación y los aviones de mayor envergadura se salían de las improvisadas pistas para empotrarse contra el barro.

La película que se proyectaba hoy parecía una radiografía de la sociedad actual. Espectaculares efectos especiales y pocos diálogos. Tenían mucho que lanzarse, perseguir o hacer explotar, pero poco que decirse. En cierto modo el cine de hoy estaba acercándose cada vez más al antiguo cine mudo, aunque esta vez era en color y sin el acompañamiento de piano.

El personaje de la cinta, una especie de sicópata vengativa, vestida con un chándal amarillo y provista de una afilada katana, salpicaba de sangre burbujeante toda la pantalla. Un fragmento que batiría records como el mayor número de crímenes en una sola secuencia. La sala había quedado mucho más sucia que en otras ocasiones, quizá por la excitación de las escenas. En la moqueta se habían

adherido toda clase de chicles, jugos y palomitas. Ignacio se alegró inconscientemente de no ser él quien tuviese que limpiar todo aquella basura. Mientras caminaba hacia la estación con sus pegajosas zapatillas, pensó en esa secuencia, en su retina aún se diluía una gelatinosa sustancia roja empapando las primeras filas del patio de butacas. Es curioso lo mucho que tarda uno en olvidar una sola secuencia, parecía que una aguja láser la había marcado con hierro candente en el lugar más recóndito de su cerebro. Los recuerdos no están únicamente asociados a los sucesos, muchos de ellos se encuentran vinculados al olor, texturas, sonidos o imágenes, así que cuando creemos que hemos olvidado algo, en realidad otras partes de ese recuerdo todavía permanecen en nuestro subconsciente. Estaba convencido de que esa noche volvería a tener la misma pesadilla, se repetía una y otra vez, incesantemente. Él era el naufrago y único habitante de una isla tan abrupta como insignificante, la cabeza de un alfiler inundado por el pacífico. Experimentaba cada noche la desesperación de Tom Hanks por recuperar su vida. Se sentía extraño y confuso entre dos mundos, el primero era en el que se encontraba, tan profundo como peligroso y el segundo del que procedía y que ya era incapaz de reconocer. Sufriría si no lo rescataban y lo haría también si regresaba para recoger los pedazos aún intactos de su trémula existencia, retazos olvidados en un cajón, esperándole.

Cada mañana al despertar semi ahogado por la nostalgia de un océano imaginario, Ignacio y Tom Hanks desayunaban galletas y zumo de naranja. Ignacio sentía que él mismo era todo lo que temía: una parte del portugués, otra del piloto, Tom Hanks, el señor

Miralles –su jefe-, Groucho Marx, parte del Prat, e incluso de su videoteca o el pequeño habitáculo de proyección donde había pasado la mayor parte de su vida. Todo lo que le había tocado, también le había dejado huella, vestigios que le identificaban y que juntos se situaban en una línea de tiempo que no sabía en qué distancia o momento concluiría.

Ignacio decidió pasar de nuevo por la librería, había salido del trabajo después de la sesión de la tarde y llegaría una media hora antes de que cerraran, abrió la libreta donde tenía anotado el nombre: Eduardo Laucirica Charlén. ¿Quién fue realmente el teniente Laucirica?

El piloto había servido en el frente republicano, pero luego su propio instinto de supervivencia le hizo cambiar de opinión, necesitaba vivir lo suficiente para dejar atrás las ideologías a las que algunos le vinculaban. Sus creencias se parecían más bien al beso de una esposa amada, la caricia de una pequeña mano infantil en su regazo, ver crecer los frutos de su huerto, volar alguna vez en un biplaza y ejercer la medicina curando a la humilde gente de su pueblo.

Se había preguntado muchas veces si para todo eso era necesaria una guerra y lo que había aprendido de la crudeza de las batallas y las miserias de todos sus combatientes era que en las balas no había futuro.

Ignacio ya había llegado al andén de la estación. Junto a las vías, dos mujeres parlotaban sin cesar, casi sin darse tiempo para respirar y recordó la frase de Groucho Marx en Sopa de Ganso: "A esta mujer la han vacunado con la aguja de un tocadiscos".

El tren circulaba con retraso y al mirar de nuevo el reloj comprendió que llegaría a casa demasiado tarde para acudir a la librería, últimamente las cosas siempre le salían al revés, el tren se detuvo de nuevo y pudo contemplar por la ventanilla cómo las olas golpeaban sobre la costa del Garraf salpicando con su espuma de sal las afiladas rocas. Parecía que podía ver el triste rostro de Pedro, el portugués, reflejado en el cristal. Después de todos estos años junto a Lucia, soportando su desinterés, sus vacíos; ahora llegaba el aviador con sus fantásticas historias y frases recurrentes y se ganaba su admiración, su afecto. ¿Cómo podía haberse dejado engañar?

Pedro parecía mirar a Ignacio desde el otro lado del cristal, movía los labios y sus azarosas preguntas se reproducían en su mente como un absurdo Playback: ¿Qué había hecho mal, en qué se había equivocado, cuándo, cómo? Estaba desesperado pensando en que cada minuto que pasaba obraba en su contra.

Pedro vestía ahora un chándal amarillo y empuñaba una katana, la mirada quebrada y cataléptica al tiempo en que la megafonía del aeropuerto anunciaba las puertas de embarque para los próximos vuelos. Pedro caminaba por los pasillos con su ropa ensangrentada, ensartando con su afilada hoja a todos los transeúntes vestidos de

comandantes de vuelo o azafatas. La policía ya había acordonado toda la zona y le insistían desde un altavoz portátil que desistiera, no tenía escapatoria. Ignacio tuvo que frotarse los ojos, se sentía cansado. Cogió un periódico abandonado del asiento contiguo, quizá esto le ayudaría a evadir su mente y a no mirar hacia la ventana. Lo hizo pese a lo vacío y confuso que le dejaba siempre leer la prensa. Era en cierto modo como si ya hubieran dejado de pasar cosas buenas, como si el ser humano hubiese perdido para siempre su facultad o inclinación hacia lo ético y lo correcto. Las buenas noticias no se vendían tan bien como las malas y en el fondo sabía que aunque probablemente todavía quedaban personas buenas en el mundo, las malas hacían más ruido.

El periódico no era de hoy, en sus primeras páginas se retomaban de nuevo las hipótesis sobre la catástrofe del Columbia a principios de febrero. El transbordador regresaba a casa después de una misión espacial que les había ocupado dieciséis días, los familiares, amigos y equipos técnicos y científicos se habían reunido desde muy temprano en Cabo Cañaveral para recibir a los astronautas. En apenas un minuto la nave, que descendía a 21.000 kilómetros por hora, detectaba un problema, su escudo térmico formado por cientos de losetas se está recalentando hasta alcanzar los 1.650 grados.

Ya es la hora y millones de ciudadanos de todo el mundo están en ese momento pegados a las pantallas de su televisión, los camareros en las cafeterías se detienen, los transeúntes al pasar por el aparador de los televisores se esperan, los niños mientras

desayunan con sus padres dejan de masticar los cereales, el momento del aterrizaje ha llegado.

El ordenador de abordo intenta corregir la trayectoria, pero no hay tiempo, instantes después el transbordador estalla en el aire convirtiéndose en una gran bola de fuego seguida de una larga cola de humo blanco y fragmentos de metal incendiado que se desprenden y desintegran en la atmósfera. Luego..., silencio.

El tren reanudaba su triste marcha mientras Ignacio abandonaba el periódico exactamente donde lo había encontrado, la tragedia del Columbia acabó con la vida de todos sus tripulantes y no pudo evitar pensar en Eduardo Laucirica y su Messerschmitt. En las muchas coincidencias de una vida que constantemente repite los mismos patrones cíclicos, todo lo que sucede ahora ya ha sucedido antes, "no hay nada nuevo bajo el sol". Desde la Génesis del hombre, miles de años repitiéndose las preocupaciones y errores de siempre. Todas las luchas anteriores enarbolando viejos estandartes como lagos en las dunas.

Había tomado conciencia mientras ojeaba todas las patéticas noticias de ese día, de lo inconveniente de su afición por la literatura. Nadie compraría su libro, si alguna vez conseguía publicarlo; un libro no sirve como alimento en la mesa, las preocupaciones económicas dejan poco tiempo para la lectura pero luego recordó que muchos soldados llevaban algún libro durante la guerra. Un refugio espiritual para la mente en medio de los bombardeos, un bálsamo para las enfermedades del corazón, o

una mascarilla de oxígeno y remanso de armonías para las esperanzas.

Mientras el tren avanzaba adentrándose en la oscura montaña, los pensamientos de Ignacio también se oscurecían, pero luego miraba a su teclado y se sentía dichoso y privilegiado por conservar su trabajo y su pequeño notebook, por quedarle voluntad para escribir sobre el teniente Laucirica y Joan, un niño, hijo de labradores que miraba a los aviones como una prolongación de sus propias fantasías revoloteando sobre su frágil infancia.

Capítulo V

Rescate en el barro

Era un aire, pero no frío, una mueca de disgusto en la cara de una mujer, una voz de pimientas en grano y ojos húmedos de nostalgias sin corregir.

No hubo intención en el capricho de los amaneceres, tenía lo que quedaba y perdió lo inevitable. No podía culparse a si misma, aunque Lucia sucumbía a ello constantemente, arrastrada por un impetuoso aliento de reproches y desesperanza. La íntima conversación con su irreconciliable conciencia. Arrodillada ante su dios, entre sus solitarios campos de trigo, tareas serviles y cafés tibios y temblorosos sobre sus manos. Todo se anudaba a su garganta en el silencio del huerto, de las sábanas secándose al Sol del mediodía o las esquivas gallinas intentando huir de su certera mano. No tenían dónde esconderse y Lucia sentía que en su vida había mucho más en común con sus gallinas de lo que imaginaba.

Después de la misa, Joan corrió a cambiarse de ropa y coger sus aparejos de pesca, pero en ese momento llegaba el portugués, no le esperaban hoy y menos a estas horas. Habló con Lucia y después subieron todos al carro. Por el camino de La Ricarda recogieron a Pep y a otros hombres que también habían sido convocados. Parecía que todo el mundo sabía lo que tenían que hacer menos Joan, que ante la tercera reprensión de su madre ya había decidido respetar el silencio de los adultos sin sus preguntas. Joan, miró de nuevo esa expresión en la cara de Pedro al que todos llamaban el portugués, lo conocía bien y sabía que algo le preocupaba, y no eran las gallinas.

Pedro, "el portugués" había nacido en la ciudad de Constância a ciento diez kilómetros de Lisboa; de niño, con apenas seis años fue llevado por sus padres a Barcelona. Eran personas humildes que solo viajaban con lo puesto y toda su casa en una maleta de cartón. En el bolsillo de la americana, como si se tratara de un tesoro, el padre custodiaba la carta de recomendación que les permitiría trabajar en el Oriente, un hotel que hasta principios del IXX había sido un convento; aún conservaba el claustro. El padre fue admitido como mozo y a ella se le instruyó para trabajar de camarera de habitaciones. El niño creció fuerte y robusto y sus padres intentaron que tuviera todo de lo que ellos no habían tenido, todo de lo que habían carecido: su ropa de domingo, buena alimentación, educación o juguetes. Después del servicio militar, inició estudios de la rama mecánica en La Escuela Industrial, situada en la que había sido la antigua fábrica can Batlló, de esto ya hacía algún tiempo. Una mañana de abril conoció casualmente a Lucia en el mercado de

Santa Lúcia, ella era viuda, tenía un negocio de volatería y necesitaba a alguien que trabajara las tierras y le ayudara con la granja. El portugués, quedó hechizado por sus finas y sutiles formas, por la leve caída de sus párpados y el rubor de sus mejillas, por el suave acento italiano en su voz femenina. Pedro quedó cautivado por las costuras de su falda, por el relieve de su blusa, y aceptó a manos llenas el trabajo sin preocuparle cuánto le pagaría, con la única y pertinaz esperanza de que un día aquella mujer fuera suya.

Sus padres quisieron convencerle para que no lo hiciera, para que no desperdiciara su vida, que no abandonara sus estudios, su prometedor futuro en la ciudad, para que reconsiderara su decisión en vista de todos los esfuerzos que habían hecho al dejar Constância y sus sencillas vidas, pero Pedro era difícil de convencer, su cabeza era tan dura como el significado de su nombre.

Solo dos semanas después de instalarse en El Prat, el portugués caía debajo del tractor que casi le aplasta la pierna, el accidente fue aparatoso, ¿cómo podía haber ocurrido?; su distracción se llamaba Lucia, pero él tampoco lo reconocería. A pesar de todo, quizá este fuese uno de los mejores momentos de su vida. Una larga convalecencia y recuperación, las frecuentes visitas de Lucia, su consideración, compañía y amables cuidados que tanto le reconfortaban, de algún modo se habían cumplido sus propósitos, ya que ahora la tenía constantemente a su lado.

Para ella era solo un gesto compasivo, una obligación de reciprocidad adquirida hacia su empleado. En cambio para Pedro, las visitas de Lucia eran como la nube de ascensión al cielo.

Lucia necesitaba más tiempo, mucho más tiempo antes de si quiera considerar la posibilidad de rehacer su vida junto a otro hombre. Su anterior matrimonio había fracasado estrepitosamente y aún no había curado las heridas físicas y emocionales de vivir con el propio Satanás.

Ya había pasado un buen rato y Joan no pudo más:

—¿A dónde vamos, mamá?

—Ya casi estamos llegando, hemos venido para ayudar.

—¿Para ayudar a qué?

Joan continuaba preguntado a su madre cual era el motivo que les había empujado a abandonar la casa tan precipitadamente. No le daría tiempo para acudir a su cita con Eduard y pasar un agradable rato de pesca hasta la hora de la comida.

Estaba a punto de soltar otra andanada de preguntas cuando algo que se erguía delante de ellos le hizo enmudecer.

El pesado Junker se había salido de la pista, y como otras veces, las autoridades habían solicitado la ayuda de los labradores. Acudieron payeses de Can Molas, los de Can Traginer, también había venido L´Estorach con sus hijos y los tractores. No era la primera vez que ocurría, las pistas eran demasiado cortas para los Junkers y los

Douglas. El portugués dispuso a su mula junto a los demás animales de tiro y se tensaron las sogas a la cola del avión, el tren de aterrizaje se había hundido sobre una gelatinosa y gruesa capa de barro resistiéndose a salir. Los tractores, se habían calzado con ruedas de hierro provistos de uñas metálicas soldadas sobre su eje. En un terreno tan pantanoso solo unas ruedas así podrían tener alguna oportunidad y a diferencia de los animales de tiro, los tractores tensaban unas gruesas cadenas sujetas a la estructura que soportaba el fuselaje.

El aeródromo Canudas se había quedado pequeño, después de la guerra se le dio otro nombre: Aeropuerto Muntadas, en honor de un gran mecenas e impulsor de la industria de posguerra, el duque de castillejos Carles Muntadas S. Prim. Pero la realidad era que el Junker JV-52 se hundía cada vez más en el barro a pesar del intenso esfuerzo de los payeses y aviadores por remolcarlo a tierra firme.

Máquinas, animales y personas trabajaban como uno solo estirando de todas aquellas toneladas de hierro fundido hasta engordar la vena yugular sobre sus cuellos crispados. Lenta y tortuosamente, el avión rodaba hasta tierra seca cabeceando contrariado.

El niño estaba literalmente crispado en sus sentidos, devorando la escena con sus enormes ojos, cuando una voz conocida se dirigió a él:

—Hola, Joan..., hoy nos hemos quedado sin la pesca.

El teniente Laucirica estaba con sus compañeros de escuadrón y ahora le sonreía consciente de que todo aquello sería otra inolvidable experiencia para el niño.

—Ven, quiero que conozcas a mi madre—.

Eduardo llevaba su pelo cortado al estilo militar, pero al acercarse a Lucia se quitó la gorra dejando caer unos mechones rubios sobre su frente:

—Tiene usted un hijo muy inteligente.

—Muchas gracias, Joan es muy despierto, y estos son sus hermanos Arnau y Josep—

—Este es Eduard, mamá, y tiene un avión muy rápido, tendrías que verlo; ¿por qué no viene hoy a comer con nosotros?

Lucia estaba visiblemente ruborizada y se disculpó por el carácter impulsivo de Joan, pero ante la insistencia del niño, el teniente aceptó la invitación.

Cerca de la cola del avión el portugués no perdía detalle de la escena, hacía mucho tiempo que no veía a Lucia así; con aquella sonrisa, aquella mirada trémula de niña agasajada. Por un lado se sentía reconfortado al verla tan contenta, pero por el otro lamentaba que él no fuera el motivo. Mientras se impregnaba de barro hasta los dientes, el portugués comenzó a sentir celos de algo que nunca fue suyo.

Lucia había preparado arroz caldoso en cazuela de barro y una tortilla de láminas de alcachofas tiernas, todo ello regado por un buen caldo tinto de la tierra. Durante la comida, hablaron inevitablemente de la guerra y del miedo que pasaron cuando hace apenas unos meses cayeron tantas bombas en Barcelona y en El Prat.

El teniente había abandonado sus estudios de medicina en el quinto año y estaba deseando que todo aquello terminara para proseguir

su carrera. La guerra era una imborrable pesadilla aunque también había conocido a gente interesante, gente como el Mayor Walter Grabmann, otro piloto como él. Grabmann le había cedido su propio Messerschmitt.

Eduardo, había pilotado anteriormente un interceptor como observador nocturno desde el que fotografiar las zonas más comprometidas. Una vista aérea podía transmitir una nueva dimensión a nuestras cotidianas preocupaciones sobre tierra y les mostró algunas fotografías de El Prat que pretendían la idea de que sería mucho más saludable ver los problemas desde otra perspectiva.

En cierta ocasión, Eduardo fue apresado y pudo fugarse, tenía diversas condecoraciones..., todo lo que explicaba sobre las gentes y los lugares que había visitado era más embriagador que el vino de la región. Además trataba a los niños con respeto, respondía pacientemente a todas sus preguntas y participaba de sus sencillos juegos. Durante la sobremesa, el piloto tocó con su armónica algunas canciones que los niños conocían. Para Joan era algo indescriptiblemente hermoso. Escuchar la sorprendente melodía que provenía de tan sencillo instrumento. Secretamente pensó que un día cuando fuera más mayor, él también aprendería a tocar la armónica.

Algo profundamente adormecido, aún no sabía todavía el qué, quería despertar en Lucia y en su vida nutrida de rutinas y obligaciones.

Ignacio había mantenido algunas conversaciones telefónicas y correos con Ferrán, también con Enric y su otro buen amigo Gumer, todos ellos apasionados de la fotografía.

Estaban planeando una visita a los humedales y alrededores del aeropuerto.

El delta abarcaba una extensión desde la costa hasta el macizo del Garraf y besaba la falda de Collserola, era una amplia franja de terreno que no podría recorrerse en un día, así es que volvieron a consultar en el mapa las zonas más interesantes así como los posibles accesos a los humedales y encontraron uno en la autovía de Castelldefels, próximo a las Filipinas y el estanque de la Ricarda. Desde allí tendrían que caminar en dirección a la playa. Prepararon algo de comida y refrescos, equipo fotográfico, ropa impermeable y botas de agua.

Un avión de Lufthansa descendía tan bajo aproximándose a pistas, que casi podía verse en qué consistía el aperitivo que estaba sirviendo la rubia azafata.

Después de eso, todo volvió a sumirse en un profundo silencio a penas interrumpido por el piar de algunos gorriones.

El antiguo triángulo verde formado por el estanque de cal Tet, la playa de la Arana y el propio río Llobregat en su desembocadura, cubrían un amplio terreno de más de cien hectáreas.

La caminata entre la poa y los juncos arrojaba una nueva dimensión de significado a los descritos en el libro "La Gent del Fang". Realmente, aquel primitivo lugar había empujado a los habitantes a vincular impertérritamente sus vidas al barro.

El sol de la mañana proyectaba sugerentes sombras mientras avanzábamos bordeando el gran estanque y era evidente que no había ningún animal, ya fuera ave o insecto, que no supiera que estábamos allí.

Capítulo VI

Lección de paciencia

El sábado siguiente, después del incidente del bombardero en el barro, pudieron por fin ir al estanque a pescar. Joan estaba entusiasmado porque por primera vez había conseguido muchas piezas en una sola mañana y Pluc no había dejado de mover la cola un solo instante. El niño le contó al piloto las cosas que conseguía recordar sobre la vida en la granja, sobre el portugués, algo sobre su gallina preferida "Kukire", el pastel de manzana que hacía su madre y lo que había aprendido en las ocasiones que asistió a clase. A Eduardo le parecía casi insólito que estuviese manteniendo una conversación adulta con aquel niño y aún sin saber cómo terminó hablando de su infancia en Bilbao, Joan se mostraba casi siempre inquieto e impaciente, era incansable con sus preguntas y Eduardo comenzó a marearse mucho más que si hubiese descendido desde quince mil pies en picado.

El niño escuchó la historia del pájaro y la espiga, un pájaro hambriento que tropieza casualmente con una larga espiga repleta de granos, pero que no podía sostener su peso si se posaba en ella, esperó y esperó a que el viento la despojara de sus codiciados

frutos, pero no fue así. No cayó ni un grano en todo el día. La espiga se sentía orgullosa de su sólida resistencia, pero no contaba con que un jabalí pasaría por allí pisoteándolo todo con su camada. La gramínea quedó aplastada y vencida sobre el suelo ante la voraz mirada del pajarillo, quien podía haber aprendido una gran lección sobre la paciencia pero que, en lugar de ello estuvo únicamente concentrado en el codiciado grano y la avidez por la comida.

Una vez que la espiga ya estaba tendida en el suelo, se arrojó despiadadamente sobre ella, confiado y obsesionado por el alimento no percibió la sombra que las alas de un halcón proyectaban sobre su insignificante vida.

La historia pretendía ayudarlo a ser paciente y a no lanzarse impulsivamente sobre las cosas, le convenció para que dejara su Fitora en casa y que desde ese día pescara con caña, y lo hizo. Se sentó a esperar a que picaran del cebo pacientemente. La pesca era un buen ejercicio de reflexión, uno tenía tiempo.

—¿No te parece que nuestros mejores recuerdos son aquellos de los que no obtuvimos ningún dinero? Recuerdos que no tienen precio.

—¿Qué quieres decir?

—Hay un aviador francés que dice que los recuerdos que le dejaron un sabor duradero fueron aquellos que no le procuraron ninguna fortuna...

Antoine de Saint-Exupéry, el piloto francés y escritor de historias - entre otros muchos títulos- como "El Principito", o " Vuelo

Nocturno", desaparecía en 1944 a bordo del Lightning P38 sin dejar ni rastro.

Durante su misión de reconocimiento desde Córcega hasta Provenza, Exupéry perdería todo contacto con los escuchas de la zona. Tiempo después el oleaje arrastraba hasta la orilla fragmentos del fuselaje y una pulsera con su nombre. Al principio se atribuía la tragedia a un fallo mecánico o a una dolencia del piloto, quizá un paro cardíaco, pero sesenta y cuatro años después, en marzo de 2008 se supo la verdad: Saint-Exupéry había sido derribado.

En una entrevista al diario francés La Provence, el piloto alemán Horst Rippert, un anciano de 88 años de edad, se confesaba como el responsable de abatir el Lightning de Saint-Exupéry. En su declaración, sencillamente alegó:

"Pueden dejar de buscar. Fui yo quien abatió a Saint-Exupéry..., no fue hasta tiempo después cuando supe que se trataba del escritor. Yo esperaba que no fuera él, porque en nuestra juventud todos habíamos leído sus libros y le adorábamos"

Ignacio pensó en los estragos de la guerra, en las personas que además de la vida, la juventud y la esperanza perdían toda oportunidad de reconciliación. Personas que en otras circunstancias habrían mantenido una firme amistad y admiración y que en cambio enfrentados en un mismo espacio aéreo caían abatidos como consecuencia de las balas y acribillados por el orgullo nacionalista.

La confesión de Horst, el piloto alemán de 88 años llegaba tarde, a destiempo, pero en sus palabras se podían visualizar el absurdo y la contradicción.

Los sábados, el piloto y Joan iban a pescar, charlaban con los mecánicos o paseaban. Pronto, Eduard sintió cierto apego por el muchacho, cuya compañía le resultaba tan refrescante, en cierto modo, no solo estaba lejos de su pueblo, sino también de una mujer a la que amaba, de sus proyectos, de su vida

Joan había subido a la cabina del "Messer" y Eduard le explicaba el funcionamiento de todos los indicadores de navegación. Sentado allí en aquel bólido del aire de casi diez metros de envergadura, el niño concilió la idea de que lo que realmente deseaba de la vida era ser como Eduard, ser un piloto. Pero, ¿cómo podía darle ese disgusto a su madre?, tanto tiempo intentando desvanecer de su mente las fantasías que le había inculcado el portugués y ahora tendría que competir con un duro oponente un desconocido que tenía un avión y que vestía y se rodeaba de gente que parecían americanos, aventureros del aire.

Ignacio abandonó el Prat en los años ochenta, a menos de cien metros de la verja que delimitaba el perímetro del aeropuerto, en el camino hacia la playa había un campo y en medio de las anegadas tierras del arrozal se erguía la cruz de una misteriosa tumba. Todo el mundo podía verla: los turista que se dirigían al camping Cala Gogó, los socios del club de golf, la gente del pueblo y excursionistas, ¿quién estaría enterrado allí?, ¿sería algún familiar

del labrador?, ¿Por qué escogería aquel húmedo y misterioso lugar como cementerio?

Solo eran un puñado de preguntas, pero para Ignacio entrañaban un inquietante misterio que se remontaba hasta 1940. Tenía la fecha, el nombre del piloto y del avión, pero faltaba todo lo demás. Preguntó por aquí y por allá, pero nadie sabía nada, nadie lo recordaba, era como si aquella piedra y la cruz hubiesen crecido juntas a la vez que el arroz, como si hubiesen estado allí siempre, formando parte del paisaje. Un día paseando por el camino de la aviación vio a alguien mirando hacia el campo, era un hombre entrado en años, pelo blanco, pantalón oscuro de lino y un bastón. Se le acercó y le hizo la misma pregunta: ¿sabe usted qué significa esa piedra con la cruz en medio de este campo? Aquel anciano de mirada profunda, simplemente sonrió y luego frunció el ceño como si la respuesta procediera del más recóndito lugar de su memoria, después le dijo que era la tumba del piloto. Lo hizo como si las palabras le doliesen en la boca y a la vez le aliviara la pesada carga de haberlas pronunciado.

A veces la historia da miedo, por increíble que parezca, algunas cosas que ya han pasado, todavía nos sobrecogen. Aunque bien pensado todo lo que nos queda por vivir puede causarnos el mismo efecto. Ignacio pensó en la frase de aquel anciano "es la tumba del aviador". La pregunta era inevitable: ¿Por qué lo enterraron allí?

Esa noche volvería a hurgar en las hemerotecas, no sería fácil encontrar la aguja en un pajar tan grande, pero planificó la búsqueda por las palabras: piloto, accidente aéreo, Laucirica y aeródromo. Los años serían 1940 a 1941, quizá también el 1942. Hacia las dos de la madrugada encontraría la respuesta en un viejo recorte de periódico el artículo se encabezaba con el título: "Homenaje a la memoria de un aviador" y fue publicado por la Vanguardia en su edición del sábado ocho de marzo de 1941.

Eduardo Laucirica Charlén, de 28 años, fallecía en un accidente aéreo a bordo de su Messerschmitt BF-109 durante unas maniobras acrobáticas sobre el cielo de el Prat. El avión cayó en un picado incontrolable sobre las marismas próximas a la granja La Ricarda. El barro de las ciénagas se había tragado al piloto y a su avión ante la atónita mirada de los presentes, ante la rota expresión de Joan, un niño que le había hecho compañía durante los últimos tres años.

La inestabilidad del suelo hizo imposible la recuperación del cadáver ni del avión y Joan volvió al solitario rincón donde el estanque se remansa, colocó la caña de Eduard, después la suya y se sentó a esperar a que todo no fuera nada más que un mal sueño.

Capítulo VII

Invierno en El Prat

Aeródromo de la Volatería diciembre de 1940

El caluroso verano pasó pronto. Envuelto por la cadencia de las cigarras en hora de siesta y el piar de los mirlos al atardecer, jugo de moras y refrescantes limonadas; el tiempo había huido disfrazado de aire y volátiles semillas de violáceas y abedules, el verano había alargado sus días entre agradables excursiones, visitas al Prat y muchas, muchas conversaciones sobre aeronáutica, viajes y aventuras. De pronto noviembre, con las primeras lluvias y el regreso de miles de aves hacia hemisferios más cálidos.

Pluc tenía una nueva amiguita en el pueblo, una setter pelirroja con pedigrí y hasta se había escapado un par de veces para ir a visitarla. La Volatería había aumentado su tráfico aéreo, incluso los franceses se hallaban absortos en el transporte de aparatos de diferente envergadura. Después de la visita de Himmler, se decidió conservar los hangares de los antiguos Zeppelines aunque los pilotos con más horas de vuelo ya habían sido trasladados a la base de san Javier en Murcia.

Joan tuvo en otoño su primera experiencia como copiloto, Eduard lo llevó en un biplaza desde el Prat hasta Montserrat y a la vuelta sobrevolaron la maravillosa costa dorada, todo lo que el niño pudo contemplar desde esa perspectiva, sería probablemente uno de los recuerdos más bellos y duraderos de su vida.

El frío aire del invierno soplaba en los campos de El Prat con el misterioso aliento húmedo del barro empapando la piedra antigua y la vegetación. Joan había crecido unos pocos centímetros y ahora llevaba una chaqueta de punto y unos pantalones largos con rodilleras, últimamente pasaba la mayor parte de su tiempo en el aeródromo. Le gustaba estar allí...

El portugués, no solo no se había comprado la camioneta sino que no pensaba hacerlo, su comportamiento se había vuelto cada vez más huraño, ya no entraba en la cocina ni se detenía a desayunar, solo cumplía estrictamente con sus obligaciones en la casa y luego se iba al mercado sin ni siquiera despedirse. Lucia confiaba en que

pronto se le pasaría, como si la actitud del portugués fuera sinónima a las rabietas de alguno de sus hijos.

Las tareas en la Volatería y los hangares tenían muy ocupada a Lucia, aunque siempre llegaba el fin de semana y con ello un nuevo atisbo de esperanzas. Los niños se habían acostumbrado a las visitas del aviador, a sus interesantes relatos y pequeños regalos. Eduard volaba cada día más de una hora para entrenarse y mantener a punto el "Messer", en realidad se estaba preparando para el certamen de vuelo acrobático de principios de diciembre. Los ejercicios, que eran supervisados por la III Escuadra Aérea de la aviación naval consistían básicamente en maniobras de evasión. Las complicadas figuras aéreas que simulaban fuego en cola o abatido por el enemigo eran en realidad vertiginosos giros "loopings", picados, caídas en barrena o barridos que rozaban las erguidas plumas de las cortaderas; Joan no se perdía ninguno de sus entrenamientos y el piloto lo había acogido como a uno más entre los miembros de su equipo, le llamaban cariñosamente "el grumete". Al joven aprendiz se le veía feliz, prefería cargar con unas pesadas latas de aceite que con unas cajas de patatas y el portugués sentía que le habían arrebatado el cariño del muchacho, que hasta en esto había salido perdiendo y su ilusorio espejismo comenzaba a desvanecerse. El distanciamiento de Lucia, la falta de cariño de Joan y hasta las actividades del aeródromo, todo le parecían elementos de la misma pesadilla, odiaba la idea de tener que dar la razón a sus padres, que su sitio fuera otro y no aquel que tanto deseaba, sabía muy bien por su estudio de los motores lo

peligroso que era el rozamiento. En estos momentos de su vida todo rozaba, todo le producía fricción, desgaste.

Sus padres ya habían regresado a Portugal y con los ahorros reabrieron el negocio familiar de mantelería, sábanas y bordados.

Pedro sabía que siempre podría volver con ellos, pero en su corazón se sentía arraigado a la Volatería, no podría vivir otra vida que no fuera esta, no concebía el día que no pudiera ver a Lucia aunque solo fuera unos instantes. Y todo lo que hacía Eduardo era para él como una ofensa personal, en el fondo sabía que se estaba obsesionando. Sus fatigados ojos le delataban, la ropa le venía grande, no sentía gusto por nada e incluso habían aumentado sus dolores de cadera que solo mitigaba con el vino añejo de can Ramonet.

El Prat de Llobregat viernes 6 de diciembre de 1940

Aeródromo de La Volatería

Las ventas del viernes habían sido muy beneficiosas y el portugués supo entonces que los pollos con las patas azules serían una rentable oportunidad que no podría desaprovechar. Durante toda la semana, el mercado había recibido la nutrida afluencia de muchos compradores, algunos de ellos procedían de Barcelona y estaban al servicio de unos señores o familias acaudaladas que se sentían atraídas por la exhibición acrobática.

Después de recogerlo todo y apilar las jaulas vacías decidió hacer una visita a can Ramonet para gastar algunos reales en tinto añejo. Cuatro o cinco vasos después, Pedro se sentía más o menos reconfortado, aunque también le invadía una profunda tristeza, al principio no supo lo que era, quizá cansancio, pero como el lento y progresivo efecto de una venenosa mordedura, el hastío recorría sus venas coagulándose en su tortuosa mente. No recordaba ya de qué habló con los feligreses de la taberna ni cómo llegó a la carreta, pero al más leve roce de las riendas sobre el lomo del animal, la mula reemprendía su vuelta a casa por el acostumbrado camino de siempre.

Cuando Pedro despertó, ya se encontraba muy cerca del aeródromo, el atardecer vertía su dorado jugo de luz anaranjada sobre los campos y un leve destello entre los pinos captó su atención. Desde donde estaba, sobre el plano de un camino trillado por ruedas y animales se podía reconocer con facilidad el avión alemán protegido parcialmente por una lona. Lo observó con el mismo desprecio que uno siente por la fruta podrida y una idea irrumpió en su mente como si hubiera sumergido su espesa frente en agua helada.

Joan había cenado con Eduard y los mecánicos del 23 regimiento; el ambiente era muy alegre y jovial, escucharon música en un gramófono y cantaron algunas canciones, además le habían felicitado por su buen trabajo y a pesar de su corta edad y escasa experiencia –el grumete Joan- se sentía dichoso de formar, en cierto modo, parte de todo aquello.

El personal del aeródromo había trabajado intensamente durante todo el día con los preparativos de la exhibición de mañana y ahora, después de cenar se disponían a retirarse para descansar, pasaron delante de los aviones bromeando y tambaleándose, nadie vigilaría los hangares en toda la noche. Pedro observó pacientemente toda la escena preguntándose qué hacía allí y luego recordó algunos instantes de su época de estudiante como mecánico y técnico de motores en la escuela industrial; podría intentarlo esta noche, quizá no tendría otra oportunidad, con el tiempo había adquirido suficientes conocimientos y destrezas como para que todo pareciera un inesperado accidente.

Alcanzando las dos de la madrugada unos densos nubarrones manchaban de humo el agrietado resplandor celeste, poco después las primeras gotas caían dispersándose sobre el abrigado fuselaje del Messerschmitt. Pedro estaba delante del avión, con su caja de herramientas, le dolía la cabeza pero se sentía muy sereno, casi frío y absolutamente lúcido. Dejó caer la pesada caja al suelo con un imperceptible ruido metálico y se sentó sobre ella, no fumaba. Transcurrieron cerca de veinte largos minutos y en ellos condensó Pedro todas sus ansias, ilusiones, miedos y desalientos; como piedras arrojadas al agua del tiempo, su vida describía círculos concéntricos que luego se desvanecían. Solo habían pasado seis años, pero durante ese vertiginoso chasquido de dedos, todo lo que había hecho era por ella. Pensó en Lucía, en el avión, en el teniente Laucirica, en Joan, en su infancia en Portugal, en sus padres, en todo lo que había dejado, para nada, en la vida que abandonó un día para vivir la de ella. Se levantó, sonrió y..., se fue. Se fue con la imborrable imagen de un niño pidiéndole que le llevara de paseo en una camioneta, de Lucía arreglándose el pelo en el portal, del barro, las jaulas y los vasos de vino. Se fue del aeródromo, de la Volatería, de El Prat y de ella con una nota que apenas contenía tres frases, palabras apresuradas y repletas de desaliento que había arrancado como fibras de una piel llamada decepción.

A las diez del sábado, Pedro ya estaba en la estación de El Prat, vestido con la misma ropa que trajo a su llegada un buen día de septiembre; con un billete de tren en la mano y a su lado una

maleta de cartón que contenía lo esencial, no había nadie más en el andén excepto el piar de unos gorriones y el murmullo de la hojarasca. Se sentía muy fatigado y cerrando durante unos minutos los ojos pudo, sin procurarlo, recordar un instante de su infancia en el que paseaba de la mano con su padre por el parque:

—Papá, ¿Qué son estas flores de color naranja?

—¿Te gustan, hijo?, se llaman Caléndulas. —Pedro acariciaba con su pequeña mano la textura mullida y suave de los pétalos mientras su padre proseguía:

—Caléndula es un nombre muy agradable de pronunciar, significa “calma en la tristeza”.

Capítulo VIII

Calma en la tristeza

Sábado 7 de diciembre de 1940

Los preparativos para la exhibición acrobática ya casi habían terminado, solo faltaba ultimar algún pequeño detalle organizativo y alinear los cazas en el punto de despegue. La pista, que no era otra cosa que una gran franja de tierra compactada había sido rastrillada de piedras, matojos y gravillas. El aeródromo Canudas estaba limpio y aún olía a pintura, unos banderines de papel adornaban el palco de las autoridades.

A pesar del frío de aquella húmeda mañana de diciembre, poco a poco comenzaban a llegar los primeros vehículos. Los visitantes conversaban amigablemente llenando lentamente la improvisada

grada de madera. Las señoras sostenían sus voluptuosas faldas en los escalones, mientras educados caballeros saludaban con el sombrero cediéndoles el paso. Los niños, en cambio, vestidos de marineros correteaban por todas partes.

El caza alemán, Messerschmitt BF-109 que pilotaría Eduardo, era uno de los favoritos; el fórmula 1 del aire que el Mayor Walter Grabmann obsequiara al teniente dos años atrás. El BF-109, durante su servicio en la Luftwaffe se había creado un prestigioso registro de incursiones y objetivos confirmados entre los que también se encontraban seis aviones republicanos. Era una poderosa máquina de guerra, un monoplaza de casi diez metros de envergadura construido como un monocasco y refinado diseño aerodinámico.

Los asistentes guardaron por fin silencio mientras la organización pronunciaba las primeras palabras de bienvenida, seguidamente un breve preámbulo sobre la importancia y aprecio que todos los presentes sentían por el acto que hoy iban a contemplar.

La megafonía sonaba metálica y chirriante, a la vez que los pilotos ocupaban sus puestos y los equipos comprobaban el cierre hermético de las carlingas a las que llamaban jaulas. El teniente Laucirica vestía uniforme alemán en honor al antiguo propietario del caza, el Mayor Grabmann. Grabmann dirigiría por aquel entonces los J-88 de la mortífera Legión Cóndor con base en la Sénia.

Lucia y los niños se habían sentado en un lugar discreto, todos vestían la ropa de domingo, aunque Joan ya se había manchado los zapatos de barro varias veces, pero no importaba, porque era

consciente de que iba a presenciar el mayor espectáculo de su vida y tenía la suerte de que podría disfrutarlo a poca distancia de su casa, Pluc no se separaba de su lado, estaba inquieto.

Lucia esperaba que Pedro, les llevara hasta el aeródromo, pero esa mañana el portugués ni siquiera se había presentado y su inadvertida nota todavía permanecía junto al florero del recibidor. Con las prisas por organizar a los chicos y llegar a tiempo, nadie había reparado en el sobre. Un sobre en una casa vacía de sonidos y olores familiares como un colegio en vacaciones.

El rugido de los motores en pleno vuelo era sobrecogedor, muchos de los presentes no había visto nunca unas maniobras aéreas de estas características que, de otro modo, solo se contemplarían en acción de combate. La mañana fue avanzando y llegó el turno del teniente Eduardo, todavía no eran las doce y el público estaba expectante, pero sobre todo Joan, que le dolía el pecho de haber contenido tantas veces la respiración. Cuando fuera mayor, sería piloto como Eduard, lo tenía decidido, ya habría pasado una buena parte de la posguerra y seguramente podría ingresar en alguna academia de vuelo.

Eduardo inició la aproximación a pista, la temperatura del aceite ya rebasaba los 54°C. Posición de los flaps en Take-off, paso de hélice en Auto. Aumentó la potencia, el tacómetro ya indicaba las 2. 600 rpm. El Messerschmitt despegó a gran velocidad recogiendo su tren de aterrizaje retráctil y después de sobrevolar una vez el

aeródromo, pronto emprendió las maniobras del rizo, caída en picado, trompo o rasante. El comportamiento de la máquina, era impecable y preciso, las piruetas asombrosas.

Entre los presentes había también alguien muy especial, era la prometida de Eduardo, que no había anunciado su llegada para evitarle distracciones, quería darle una sorpresa, pero que en este caso sería doble, porque él aún no sabía todavía que ella estaba embarazada.

Después de once intensos minutos que hicieron las delicias de todos los presentes el teniente Laucirica abrió los flaps en el borde de ataque y efectuó la aproximación en un picado algo distinto de los anteriores. El motor de 12 cilindros en V invertida, rugía a pleno rendimiento a penas amortiguado por el silbido que el aire provocaba al deslizarse entre los alerones automáticos. Cada vez estaba más cerca del suelo, por debajo de los 1000 metros, el paso de hélice por encima de las 12 en punto, la velocidad excedía los límites de 750 kph. todos los presentes enmudecieron, nadie se atrevía a moverse, el interceptor alemán rugía con todas sus fuerzas, el motor se había sobrerrevolucionado y luego se volteó, Eduardo ya había rebasado la zona límite para remontar como una trepada elipsis demasiado oblicua. Casi todos los que estaban en las gradas, puestos en pie se sostenían haciendo equilibrios sobre la punta de los dedos de los pies como si de esta manera pudiesen ayudar al piloto a elevar el morro y corregir la trayectoria. Estiraban los dedos, se quitaron el sombrero y también estiraban los brazos hacia el suelo en un musitado ruego.

Pluc ladró dos veces, pero Joan le retorció una oreja para que se callara. Eduard seguía cayendo, caía sin remisión como cayeron los ángeles sobre la tierra, como una piedra lanzada desde las montañas de Júpiter, como cien kilos de plomo sobre la mantequilla. Eduardo apagó el motor y pensó durante algunos segundos en todos los instantes que habían tenido algún valor en su vida, solo los que se habría llevado si supiera que no iba a volver.

El impacto contra el suelo lanzó un geiser de agua y barro que parecía el surtidor de un pozo petrolífero al perforar una veta. Eduardo había caído a unos doscientos metros de la pista sobre una acuosa ciénaga de lodo y el Messer se hundía, la tierra lo estaba succionando igual que lo haría una oruga hambrienta.

Acudieron bomberos de El Prat y de Barcelona, en poco tiempo la zona era un hervidero de gente: autoridades, militares, ambulancias, equipos de salvamento, asistentes y curiosos. Solo se vía la cola del avión. Continuaron trabajando en el rescate, pero el suelo cenagoso no podía soportar el peso de las grúas ni podían acercarse lo suficiente. Después de siete infructíferas horas de lucha contra los elementos, el barro hizo desaparecer definitivamente al piloto del Messerschmitt y el resto del fuselaje.

Horas después, ya de noche, la sobrecogedora quietud llenaba de silencios los humedales y de lágrimas la Volatería, todo volvía a su lugar entre juncos mecidos por la brisa del mar y desalientos ahogados por el cansancio. Calma en la tristeza, que rompía la fina hebra de los sueños golpeteando sobre el yunque de la rigurosa realidad.

Todo sucedió delante de los ojos de un niño que quería ser piloto, Eduardo le había transmitido algo de su amor por el aire, por las densas nubes blancas, la libertad de flotar sobre un cielo etéreo e infinito. Ese día fue para Joan una página doblada y quebradiza, una hoja que se reseca delante de la ventana. Joan seguía mirando hacia el cielo durante los atardeceres, descansando sobre las horas y los días con la aplastada voluntad del olvido.

Capítulo IX

El campo del aviador

El Prat de Llobregat

martes 19 de noviembre de 2002

El Jeep Cherokee rotulado con las siglas FGDB, [Facultad de Geología Dinámica de Barcelona], se dirigía en dirección a la playa. A la derecha de Lidia y Ronnie la simétrica verja del aeropuerto llenaba de monotonía un paisaje ya de por sí anodino. En el asiento de al lado, Luis contemplaba los campos de alcachofas bordeados por los Chopos y las Acacias. El traqueteo del asfalto hacía botar el remolque de hierro con el resto del equipo y Emilio suavizó la marcha. La noche anterior habían estado en el Frankfurt y aún notaba sobre sus párpados un soporífero hilo de humo, música, risas y cervezas. Después de casi

cuatro años de escauceos amorosos, por fin Lidia y Ronnie, anunciaban su compromiso quizá para la primavera.

Ayer fue un intenso día de trabajo en estos mismos campos, después de practicar enormes agujeros y removido toneladas de tierra, aún no habían encontrado lo que buscaban, hoy tenían algo parecido a una segunda oportunidad.

En la radio habían resumido la previsión meteorológica para el resto de la semana y ahora sonaba algo de música de los ochenta, de repente el ensordecedor ruido de unos reactores les hizo enmudecer, un Boeing 747 despegaba tan cerca de ellos que parecía que el tren de aterrizaje rodaría sobre el capó del Jeep.

Después de la siguiente curva llegaron al campo, se encontraba a unos cuatrocientos metros de la baliza exterior de camino a la playa y poca distancia del camping Cala Gogó. En medio de la encharcada tierra un monolito de piedra y una cruz de hierro marcaban el lugar.

—Hemos llegado, —anunció Emilio, y todos bajaron del Jeep. Las alfombrillas del todoterreno aún conservaban el barro del último trabajo, en Gerona, un encargo del MAC [Museo Arqueológico de Cataluña], para rastrear un yacimiento.

Después de observar durante unos minutos el familiar terreno, todo el grupo se puso manos a la obra, media hora después, el equipo ya se encontraba instalado en una zona seca del campo, también descargaron el GPR [Ground Penetrating Radar] al que coloquialmente llamaban Willy. Ronnie comenzó a deslizar a Willy, el

Georadar, por el arrozal y el ordenador inició el registro de los primeros grid o mallado de la zona, una especie de cesta de rejillas verdes sobre fondo negro. No sería un trabajo sencillo debido al inconveniente del agua, hoy era el segundo infructuoso día de trabajo. Las botas se hundían en un barro cenagoso que atrapaba el pie como lo haría una ventosa. Ayer lo único que encontraron fue una rana muerta, Un operario al que le faltaban algunos dientes posó para la foto sujetándola por una pata. A pesar de situarse a unos cuatro metros sobre el nivel del mar, el agua interfería en la lectura de los impulsos electromagnéticos, el imput era débil, así que tendrían que rastrear todo el arrozal varias veces. Lidia sujetó su pelo rubio ondulado con una sencilla goma mientras le lanzaba un sensual beso a Ronnie, al mismo tiempo Luis bromeaba lanzándole otro, pero esta vez poniendo morritos, el día, además de frío sería largo.

Dax Goodman cruzaba la terminal norte en dirección a las oficinas de AENA [Aeropuertos Españoles y Navegación Aérea] saludó en el hall a Nuria, la recepcionista, con ademán exiguo, ella se había pintado las uñas con el nuevo color de moda y ahora soplaba sus dedos. Después saludó a Andrés un guardajurado de mirada esquiva y chaqueta de naftalina, para seguidamente pasar junto a la maqueta de la nueva pista, continuó por un amplio pasillo hasta detenerse ante la puerta con el nombre: Learning Room. Corrigió el nudo de su corbata y algo del flequillo,

cerró los ojos inspiró aire y abrió la puerta laminada de cerezo, llegaba tarde.

La primera bocanada de aire viciado correspondía a los habanos del jefe, los Cohiba enrollados en el muslo de sensuales cubanas y que ardían despacio, para Dax resultaban nauseabundos.

Se sentó en la única butaca que había vacía, era el peor sitio, el que estaba demasiado cerca del jefe y luego se sirvió un coffee break aguado. Solo hablaría cuando le preguntaran, si algo había aprendido en este negocio era que siempre se detestaban especialmente a dos tipos de personas: a los mediocres y a los listillos y que él siempre se mantendría a un paso detrás de ambos.

En el flipchart había muchos datos y una cifra dentro de una rotulada circunferencia: 70 millones de euros, después: excavaciones 5.100.000 metros cúbicos, acero 5.600.000 kilos. 13.000 unidades de balizas, 2.500.000 metros lineales de cableado eléctrico, hidrosiembra y plantaciones 2 millones de metros cuadrados, puertos de embarque, pasarelas, cintas de recogida, handling, zona comercial, precarga....

Los números y conceptos eran sobrecogedores. La nueva pista se llamaría 25R-07L, un nombre vinculado a la orientación de las dos pistas ya existentes. La nueva pista tendría una longitud de 2.660 metros lineales y 60 metros de ancho. El trazado de la tercera pista se adentraba en las lagunas de El Remolar y La Ricarda.

La presentación del avance de proyecto había alcanzado un punto de crispación debido a los manifiestos que habían difundido algunos grupos ecologistas de la zona y los inconvenientes económicos

originados por el Sistema de Gestión Ambiental. De repente, el director ingeniero tomó la palabra y dirigiéndose a Dax entre halos de habano le preguntó:

—¿Cuándo comenzarán las excavaciones del campo noreste?

—Dax sonrió y calculó la respuesta pausadamente:

—El equipo de Geofísica ya está trabajando desde ayer en el campo, aún no han encontrado nada, tengo a dos hombres allí conectados permanentemente al teléfono para informarme de cualquier novedad.

El representante del Ministerio de Fomento empujó sus gafas con el dedo índice hasta casi encastrarlas en su frente:

—Sr. Goodman, ¿Qué se supone que tienen que encontrar?

Dax miró al jefe y no comenzó a hablar hasta que este asintió:

—Es el campo del aviador, señor.

Luis y Ronnie ya habían completado el primer barrido del GPR mientras Emilio cargaba el detector de metales a su espalda, como la mochila de un aspirador de hojas y Lidia lo registraba absolutamente todo. También había tomado imágenes y analizado el suelo hasta dos metros de profundidad, el ph era extremadamente alcalino.

Al rato llegaron los primeros camiones y dos retroexcavadoras, parecía que alguien tenía prisa. A las diez de la mañana ya habría

cerca de sesenta obreros y un destacamento aereomilitar en la zona, además de los camioneros, dos vehículos de policía, la unidad móvil de algunos periodistas y muchos curiosos del pueblo.

Cincuenta minutos después, Willy, el GPR, detectaba algo, sí, parecía increíble, pero estaba allí a escasos metros de la cruz de hierro el grid dibujaba lo que parecía la cola de un avión sumergido bajo toneladas de cieno y una gruesa capa freática.

Dax recibió la llamada que tanto había estado esperado, el siempre cumplía sus promesas y se dirigió a Nuria para que marcara un número cuyo prefijo comenzaba por 379. El hall aún olía a esmalte de uñas.

—¿Sr. Joan?, lo hemos encontrado..., sí, exactamente donde usted dijo.

Al otro lado del hilo telefónico, Joan, un anciano de setenta y cuatro años quería conocer los detalles:

—Sí, comprendo cómo se siente, ya ha pasado mucho tiempo.

No aún no hay indicios del cuerpo, lo único que se ha detectado es un fragmento del fuselaje..., el tren de aterrizaje y algunas balas..., sí por supuesto, le tendré informado..., trabajarán todo el día..., exacto, sí, muy bien, puede venir cuando lo desee, me encantaría conocerle personalmente.

En el campo del aviador, ahora la pala de una enorme excavadora continuaba ahondando en un profundo y ancho agujero, los

fragmentos del Messerschmitt estaban diseminados por todas partes.

El grupo de geofísica comenzó a limpiar su equipo para el transporte y Emilio llamó por el móvil a su hermano Ignasi, sabía que estaba escribiendo sobre el piloto del Messerschmitt y que le gustaría verlo.

Antón era un reportero de El País enviado para cubrir la noticia, ayer solo pudo hacer algunas fotografías del ambiente de trabajo, de bandadas de pequeñas garzas blancas y negros cormoranes, perplejos por la quimera de un campo asediado. El segundo día fue más previsor y se trajo unas botas de agua para poder curiosear entre los restos, se acercó caminando hasta un montón de barro que le superaba en altura y hurgó con la punta de su bolígrafo sobre algo que parecía un tejido grueso. Después ahuecó el barro con una mano mientras que en la otra sujetaba sus kleenes, la tela era un trozo de pantalón, debajo una bota y dentro de ella el calcetín del aviador. Cualquier persona con un conocimiento mínimo de paleontología sabe que un calcetín con el tiempo se convierte en una magnífica bolsa donde recoger los huesecillos de un pie. El reportero escribió un comentario en su columna sobre el reencuentro de su bolígrafo con el barro y más de sesenta años de espera.

En total, los forenses retiraron tres bolsas de restos humanos sin que pudieran encontrar el cráneo. En los años cuarenta los pilotos no llevaban casco y probablemente la cabeza se habría hecho añicos o desintegrado con el tiempo. La excavadora volvió a intentarlo y ahondó un poco más en el enorme agujero. La pala había alcanzado

las capas freáticas y un vomitivo caldo marrón liberó un inesperado enjambre de mosquitos envuelto por un intenso olor a putrefacto.

El capitán que había dirigido la búsqueda en 1940 expresó que todo había terminado, lo que la tierra aún no había reclamado como suyo se encontraba en esos momentos en un camión del ejército o en el vehículo forense, ya no habría nada más que pudieran encontrar en el cenagoso barro de las primitivas marismas de El Remolar.

Ignasi llevaba horas observando con mucho interés el avance de los trabajos y anotando en una libreta todo aquello que pudiera ser de alguna utilidad para su libro, pequeños detalles, impresiones, declaraciones.

Roonie y Lidia le invitaron a prepararse para su boda en la primavera y todo transcurría con la misma tranquilidad y a la vez expectación con la que se iniciaron las excavaciones, una exhumación realizada más de seis décadas después.

El remolque del Jeep parecía que ya estaba completo con todo el equipo ordenado y limpio, en pocos minutos volverían a Barcelona.

Ignasi dio un último vistazo por la zona, prácticamente ya no quedaba nadie excepto el operario de la excavadora rellenando de nuevo el gran agujero, algún empleado del aeropuerto y un puñado de curiosos, gente del pueblo.

Los fragmentos metálicos, restos del armamento y el fuselaje se trasladarían al museo militar de Montjuïc, también la ametralladora de proa y todas las balas que pudieron ser recuperadas. Estaba

atardeciendo cuando Ignacio pisó algo, parecía una piedra, pero al levantar su bota comprobó que se trataba de un objeto rígido, algo que no podía ser observado a simple vista, un estuche de metal del mismo color que el suelo. Recordó dónde se encontraba el depósito de agua del Jeep y lo llevó hasta allí, después de lavarlo profusamente retirando todo el barro y hierbas que habían crecido sobre el estuche, intentó abrirlo, en su interior brilló un destello dorado, se trataba de una armónica. ¿Qué hacía aquello allí?, ¿una armónica?

—Esto que acaba de encontrar ¿tiene algún valor para usted?

La voz que le hablaba detrás de él hizo una pausa, como si realmente esperara una respuesta inmediata. Ignacio se erguyó y le miró a los ojos con su hallazgo en la mano. El hombre era un anciano de ojos azules y profundos:

—Perdone, no me he presentado, me llamo Joan y quisiera recuperar esa armónica que ha encontrado..., verá yo conocí a su dueño y para mí tiene un valor sentimental.

Ignacio accedió a entregársela a condición de que le explicara todo lo que sabía, conversaron, y mientras lo hacían, algunos aviones aterrizaban o despegaban del aeropuerto mientras un fuerte olor a tierra mojada y hierro flotaba en el ambiente. Los últimos destellos de un sol cansado despertaba la vida nocturna de los humedales y Joan e Ignacio se alejaron juntos por el camino que vuelve de la playa hasta el Remolar.

Capítulo X

Alas de barro

Ignacio, Ignasi, se sintió muchas veces como si sus alas fueran de barro, como si sus objetivos o anhelos en esta vida fueran unas pesadas alas que no pudiera batir, con las que no podría elevarse y que si alguna vez rozaban el aire terminarían por quebrarse.

Pero después de todo lo que había vivido, después del teniente Urquia, de Pedro, el portugués o Joan, un anciano con la mirada intemporal de un niño asustadizo, llegó a la firme conclusión de que las cosas no cambian por sí mismas, o por lo menos no lo hacen siempre.

Dejó el cine, al Sr. Miralles y a sus palomitas. Terminó el libro y vendió ocho ediciones. Con el dinero, su notebook y cuatro camisas hizo el equipaje que debía de haber hecho hacía veinte años y se fue.

Lo hizo porque todo lo que sabía sobre la vida era tan frágil y efímero como la hierba, esplendorosa hoy y marchita mañana. Todo lo que había escrito, lo hizo pensando en Marta, no había vuelto a verla desde entonces. Sabía que se había casado y tenía una hija. Alguna vez pensó en hacerse el enconradizo, pero habría sido peor,

mucho peor. Pedro, el portugués tenía razón; habría dejado de vivir su vida, para vivir la de ella.

Nadie se lo había pedido y él no podía evitarlo simplemente no había decidido no olvidarla, aunque ella se hallaba presente en cada paso, en cada acorde en el que el sol interpreta su baile con la brisa de un atardecer, en el que las hojas de los árboles sencillamente se estremecen y que sin saber porque les ocurre y sencillamente son felices en su propia y melancólica tristeza.

Envió una felicitación de bodas a Ronee y Lidia desde Boston, una postal con unos taxis amarillos reluciendo bajo la lluvia, y también algunas cartas a su hermano desde diferentes lugares de Europa. Aprendió clases de solfeo y de piano y escribió otros cuatro libros que alguien le tradujo en varios idiomas.

A pesar de sus narraciones y el recuerdo de un inolvidable puñado de películas antiguas, Ignasi seguía sintiendo que su vida hacía aguas, se veía a sí mismo como el violinista del Titanic, o la bocina que Harpo hacía sonar cuando la propia existencia que le rodeaba era solo silencio.

Compró un coche descapotable, toda la colección de Neil Diamond y suficiente cerveza de malta en la que ahogarse y recorrió todos los acantilados, moteles de carretera y pueblos en los que solo era un extraño.

Abandonó el coche sediento y carbonizado en la carretera de un desierto con su nombre y se alejó de nuevo de todo, menos de sí mismo.

Un día recibió un paquete en Irlanda, era un paquete desgastado y anudado con una cuerda de estopa, con los sellos tan sucios y arrugados que casi era imposible adivinar de dónde procedían. Aquel paquete había viajado casi tanto como él hasta conseguir encontrarle. Lo abrió como si fuera a deshacerse en las manos y mantuvo su contenido sobre el escritorio mientras leía la nota.

El membrete de la carta procedía de una oficina de abogados de la Diagonal en Barcelona. Se detallaban algunos párrafos con las últimas voluntades de Joan dos años antes de que falleciera y que se referían a él, al escritor.

El paquete contenía tres cosas, unas fotografías en un sobre acolchado un viejo estuche con una armónica y la dirección de Llach, el hijo del aviador.

Hangar nº 5 Aeropuerto de Barcelona.

Notas

Fitora¹: Fisga. Arpón en figura de peine (tridente) de tres, cinco o más dientes sujeto al extremo de un asta. Herramienta de uso frecuente para la pesca en aguas frías del Halibut o Fletón.

Diccionario Marítimo Español. Madrid. Imprenta Real. Año 1831
En cuanto a la pesca; las piezas eran abundantes: Carpas, Tencas, Llobarros, Líseres o Anguilas. Uno de los peces más codiciados era la Saboga. Las lecturas de la época mencionaban:

“Aquel pez extrañamente azul, lleno de espinas y de un gusto a nuestro paladar poco fino, pero que era tan apreciado en, la edad media”

“El gran estanque El Remolar..., era el lugar de mayor caza y pesca junto a una dehesa conocida como el Saliner..., el nombre de El Remolar proviene del Rèmol (Rodaballo) que era muy abundante en el siglo XIII, año 1410”

Bibliografía

La Casa Alta & La Volatería 1900,

Ramón Planas y Torres. El Prat de Llobregat 1979

Jefe del [EICAB] Equipo de Investigaciones Cinegéticas en el
Aeropuerto de Barcelona.

Director del Proyecto Ultra-Sound

Historia de la Aviación Catalana 1898-1936,

Josep Canudas. Edicions La Magrana 1983

La Gent del Fang,

Jaume Codina i Vila. El Prat 1965-1965. Granollers. Ed. Montblanc, 1966

La Vanguardia,

Paludismo. Edición del miércoles, 12 octubre 1887, página 2

Paludismo. Edición del miércoles, 02 noviembre 1887, página 15

Paludismo. Edición del jueves, 03 noviembre 1887, página 15

Paludismo. Edición del jueves, 20 septiembre 1888, página 2

Escuela Catalana de Aviación. Edición del sábado, 16 septiembre
1916, pág. 3

Homenaje a la memoria de un aviador. Edición del sábado, 08
marzo 1941

Localizado caza alemán en El Prat.. Edición de 16 noviembre 2002,
pág. 2

ADAR. Asociación de Aviadores de la República.

<http://www.adar.es>.

El País. Hallado el piloto. Edición de 20 noviembre de 2002, página 23

AENA. www.aena.es. Historia

Blogeer. unaventanaaldelta.blogspot.com. La leyenda del aviador perdido. 10 oct. 2010.

Societat Catalana de Geografia. <http://scg.iec.cat>

GenCat. com. El Temps d' Historia. Nº 46. Abril de 2005. El Primer Vuelo Barcelona-Mallorca.

The Messerschmitt Bf 109. www.aviation-history.com

Historia de El Prat. Ayuntamiento de El Prat de Llobregat.

<http://www.elprat.cat/> coneixar

La Aviación y el Prat de Llobregat: 1936-1959. Joan Lluís Ferret. La Aeroteca. 2010

El Prat de Llobregat. Guía industrial, agrícola y de servicios de el aeropuerto. 1987

La Vida als Aiguamolls del Delta del Llobregat. Josep Lascurain i Golferichs. Fundació Pública Gavà. 1990

Una Mirada al delta del Llobregat: el Remolar i les Filipines. Àrea de Serveis Personals de l'Ajuntament de Viladecans, 1999

Història del primer avió construït a Barcelona per "Pujol Comabella y Cia" l'any 1916

Enric Pallarés i Camas. Fundació Parc Aeronàutic de Catalunya, 2002

Mort del Historiador Jaume Codina i Vilà. Anuaris.cat. 22 mayo 2007

Imatges i Records. El Prat de Llobregat. Viena edicions. 2003.

Imatges del Fondo Josep Monés Amat. Pàgina de Alex Domínguez Monés.

L'Aviació i el Prat de Llobregat 1936-1959. Juan Lluís Ferret i Pujol. 2010

L'Escola d'Aprenents de "La Seda de Barcelona" 1949-1971, Juan Lluís Ferret i Pujol. 2009

La Formació d'una Ciutat. El Prat de Llobregat. Arxiu municipal. 2010

Vuelo nocturno. Antoine de Saint - Exupéry. Emecé Editores, 2000.

Electromagnetic terrain conductivity measurement at low induction numbers. McNeill, J.D.1980 Technical note TN-6. Mississauga, Ontario: Geonics Limited.

Fundamentals of ground penetrating radar. Englewood, Colorado: Environmental and Engineering Geophysical Society. Daniels, J.J 1989